

## VUELO A LA MEMORIA de DraKay

---

Si cierro los ojos parece que llueve. Puedo oír ese susurro irregular y continuo, casi podría sentir la humedad en todo mi cuerpo. Pero no hay humedad ni lluvia. Cuando abro los ojos lo que veo son millones de alas negras sobre mi cabeza, danzando antes del atardecer. Ahora soy parte de la nube, sincronizándome, ocupando mi lugar en el espectáculo. Somos uno y somos miles, coordinados, elevándonos para girar al momento siguiente. Cerrando el grupo hasta casi tocarnos. Nos desgajamos de la bandada recorriendo nuevas zonas, cruzándonos con otras nubes sueltas, atravesándonos sin rozarnos, reuniéndonos con el grupo principal.

Ahora soy un pájaro más, soy plumas negras y alas. Quizá siempre lo haya sido, pero no lo recuerdo así, cuando recuerdo. Porque cuando el viento peina mis plumas los recuerdos vuelan con las nubes. A veces solo recuerdo el frío y la oscuridad, a veces dudo que sea un recuerdo y creo que solo es la noche jugando conmigo. Otros días, cuando llueve y la bandada permanece refugiada en los pinos, recuerdo caminar refugiándome bajo un paraguas, esquivando los charcos que podían estropear mis zapatos. Y en ese momento, en ese recuerdo, no hay duda de que fui humano, de que tuve un nombre y un objetivo que no llegué a cumplir. Cuando por fin sale el sol vuelve la duda, me pregunto si simplemente imagino ser esos seres que pasan bajo mi percha. Pero esa sensación sigue ahí, la gravedad, las preocupaciones y las expectativas. La vida es sencilla, solo tengo que seguir a mis oscuros compañeros y sin embargo todavía siento el amargor del estrés. Todavía me despierto sintiendo que llego tarde, todavía me parece oír una alarma que me exige apresurarme.

Miro a mis compañeros... Mientras yo me pregunto que soy, si soy un simple estornino o si algún día fui algo más, descansan en sus ramas después del vuelo de la tarde, relajados, ignorando cualquier preocupación. Quizá tenga la respuesta delante de mí, en los ojos inexpresivos de uno de mis compañeros. No soy un simple pajarito, quizá fui un hombre una vez, quizá sea algo distinto, pero si me quedo aquí acabaré olvidando y siendo un canto más en la bandada.

Es momento de volar lejos. Momento de volar donde la memoria se esconde. Mis compañeros se difuminan, son solo manchas negras en las copas de los árboles mientras me adentro en la ciudad. De repente no tengo a nadie a mi alrededor. Soy una pequeña bola de plumas en un mundo que me viene grande. Las palomas se cruzan en mi camino, apropiándose del cielo. Los hombres dominan el suelo, sin dejarme espacio. Aun así me poso sobre el capó de un coche, está frío sin el calor de mis compañeros envolviéndome. El mundo frente a mi es extraño, lleno de gente apresurada, pero también es familiar, como si perteneciese a él. El ritmo de los semáforos, la luz de las farolas, todo es cotidiano como el aspecto de las copas de los árboles, pero a la vez poco personal, poco específico, como el recuerdo de una historia más que un recuerdo propio.

Vuelo bajo, observando cada señal y calle. Estoy más acostumbrado a parques y campos, pero no es la primera vez que sobrevuelo una ciudad, aunque nunca tan cerca de los humanos, son grandes y aterradores pero a la vez fascinantes. Sigo mi deambular hasta que encuentro un callejón que despierta algo oscuro y frío en mi interior. No es más que un pasillo estrecho lleno de puertas traseras y hojas secas. Pero cuando lo miro se me erizan las plumas y el terror me atrapa. Algo pasó aquí. No sé el qué, pero lo siento en mis huesos huecos. Aparte de ese sentimiento me parece un lugar normal, impersonal, solo un punto aleatorio más en el laberinto de hormigón de los hombres. Sé que debería significar algo, pero no conozco o recuerdo como funciona el mundo a ras de suelo. Me gustaría quedarme a investigar, pero dos ojos verdes me acechan entre unas cajas húmedas y olvidadas.

Me he dado cuenta tarde, casi no he podido retomar el vuelo antes de que el gato saltase sobre mí. Ha sido demasiado silencioso, demasiado imperceptible. A parte de los ojos verdes solo he podido ver el brillo blanquecino de unas uñas mientras rozaban mi cola. Me ha arrancado algunas plumas. Al parecer esto es estar lejos de la bandada, peligro y muerte. ¿Puedo hacer esto? Estoy solo, sin protección ni hogar. ¿Cómo lo hacen los humanos? Los veo caminando mientras observan sus objetos brillantes, concentrados en ellos mismos. No parecen necesitar una bandada que se agrupe en torno a ellos, viven sin un grupo que los proteja. ¿Cómo lo hice siendo uno de ellos? ¿Cómo lo hice estando solo?

Me he alejado y estoy sobre un tejado mirando el callejón. Una gota de sangre cae de mi cola, no es grave, pero al verla algo dentro de mí se estremece. Ya he sangrado aquí. Lo recuerdo. Todo está borroso, pero recuerdo huir hacia el callejón tapándome una herida en el costado. La sangre escapaba por todos lados empapando el suelo. No me dolía, tenía demasiado miedo para sentir más cosas. Miraba hacia atrás, buscando una figura que no estaba ahí. Ya en el callejón me escondí tras unas cajas alargadas. Me costaba respirar, las piernas ya no me sostenían y todo a mi alrededor se oscurecía hasta que solo quedó negro.

No hay más, solo la oscuridad y el frío que me acompaña cada noche. ¿Fue esa mi muerte? ¿Por qué? ¿Por qué morí solo en un callejón sin una bandada que me arropase?

Aquí no quedan más respuestas para mí. Solo el vacío del final y un ligero dolor fantasma en mi costado. Casi creo ver mis plumas rojizas, pero ya no hay sangre ahí. Ya no hay carne humana.

Me alejo volando del último lugar que pisé como hombre, planeando sobre mis últimos pasos, tratando de determinar de dónde vine. Asciendo para ver mejor mi camino. La ciudad es una cuadrícula de líneas rectas, extrañas para mi mundo aviar de ramas torcidas y relieves escabrosos. Veo cientos de caminos que salen del callejón mientras vuelo en círculos. No puedo saber dónde me asesinaron, pero el lugar debe estar debajo de mí. Esperándome.

Se me ha caído una pluma del costado, veo cómo planea en círculos hacia el suelo. Pasa cada día, pero aun así la sigo, oscura con la punta blanca brillando en la noche. Se para, gira en las corrientes de aire, cada vez más cerca del asfalto. Tengo que esquivar a los viandantes para continuar la persecución, estoy en mitad de una gran avenida en un caos de personas. Es otra bandada, una que se mueve sin compás, rozándose, esquivándose en el último segundo sin el ritmo que llevan mis hermanos sino con uno diferente y propio. Por fin la pluma toca el suelo, lo hace con un roce suave y mudo que me hace recordar otro roce contra el suelo.

Era un objeto metálico pequeño, casquillo creo que se llama... Tocó el suelo con un sonido mudo, perdido entre los sonidos de la calle y aquella detonación. Aquella detonación... ¿Fue lo que me mató? Con ella vino el frío del metal y el calor de la sangre. Tan rápido, tan inevitable. Recuerdo ver la pistola solo unos segundos antes de que pasase, tratar de esquivarla sin suerte. Sentir la herida al instante. Grité, igual que gritamos antes de despegar, pero no recibí ninguna respuesta. No estaba solo y sin embargo nadie vino en mi ayuda, algunos levantaron la cabeza un instante, la mayoría siguieron su camino, dejándome solo en una carrera desesperada. Siendo un pájaro no habría ocurrido así, el grupo se habría cerrado en torno a mí, tratando de protegerme, pero está claro que los hombres no son pájaros.

Sujeto mi pluma con el pico. Los humanos me esquivan sin fijarse en mí. Y sin embargo yo me fijo en ellos, llevo haciéndolo desde que recuerdo. Altos como cipreses, ondeando sus brazos como alas plegadas. Tan distintos entre ellos, con sus pelos de colores y sus narices como picos de infinitas formas. Todos escondidos detrás de su ropa, tratando de

diferenciarse del resto de cualquier manera posible; o de fundirse con las sombras. Eso era lo que hacía el hombre de la pistola, fundirse con la noche. Por eso aquel anciano no lo vió cuando tiró de sus ropas... ¿Y yo traté de detenerlo? Y entonces sacó el arma... Sí... ¡Fue por eso! Ahora veo la escena totalmente clara. Traté de detener un robo y recibí un disparo gracias a mis buenas intenciones.

Vuelo hasta un alféizar decepcionado todavía con mi pluma en la boca. No era lo que esperaba. Sinceramente no sé qué esperaba. Quizá algo más personal, quizá una respuesta. Todavía no sé quién fui, solo sé cómo dejé de ser.

Ya es no he cerrada. Las calles se han vaciado de gente y solo se oye algún perro a lo lejos. Miro el cielo, también está vacío, sin pájaros ni estrellas, solo la luna se atreve a mostrarse entre la luz mortecina de las farolas. Estoy solo en un mundo que me dejó morir, mirando un cielo decepcionante. Todavía me queda una pregunta, quizá la única pregunta que me ha importado todo este tiempo. Observo la luna y siento como si me devolviese la mirada. La misma luna que vi como humano, igual de lejana, igual de fría y distante. Y eso es algo que recuerdo. Recuerdo mirar por la ventana y ver la luna, pero no solo estaba ella. También había edificios, y un parque lleno de árboles oscuros y espesos, plátanos, pinos y palmeras. Conozco ese lugar, no como hombre sino como ave. Es nuestro hogar, donde nos posamos cada noche de otoño a dormir.

Vuelo a casa. Vuelvo a dos casas sin sentirme parte de ninguna de ellas. En cuanto me acerco puedo ver a mis hermanos posados en las ramas, llenando las copas en el silencio de su sueño vacío. Pero no vengo a quedarme con ellos, mi objetivo está en frente. De alguna forma sé cual era mi ventana, el quinto piso junto a la tubería grande. Está cerrada, pero al lado hay un balcón ocupado por una vieja bicicleta oxidada que tiene un agujero en la puerta. Recuerdo colgar una cortina para que no se viese desde la calle, pero eso no impide la entrada de un pequeño pajarito. Maniobro entre el cuadro de la bici y el murete de ladrillo. El agujero es más pequeño de lo que esperaba, pero aun así puedo pasar, todavía con mi pluma en la boca.

Estoy dentro de la que fue mi casa. Se siente extraña. Grande e incómoda. No está preparada para mí nueva forma, aunque yo tampoco lo estoy. Está abandonada, nadie la ha pisado en meses, los meses que llevo siendo pájaro. A pesar de que parezca extraña es familiar, es mía. Lo siento en cada una de mis plumas. En el sabor del aire, incluso en los murmullos de fondo.

Conozco este sofá viejo con los cojines hundidos, me quedé dormido muchas veces en él mientras veía vídeos de YouTube. Conozco esta planta seca en su maceta, la regué todos los días hasta que se ahogó, le hablé cada noche contándole mi vida porque me creí que funcionaría. Conozco ese ordenador apagado con su teclado lleno de polvo. Trabajaba aquí, solo, sin conocer siquiera la cara de mi jefe. Jugaba aquí, solo, interactuando con gente de la que ni conocía el nombre. Este ordenador fue mi vida, solo este ordenador.

Veo y recuerdo todo lo que fui, cada objeto que me perteneció. Conozco esta vida. Esta vida que transcurrió igual que acabó, sin ningún sentido.

Me he posado frente a la ventana. El cristal oscurecido por la noche me devuelve mi reflejo. No el reflejo de un pájaro sino el de un humano. De fondo veo los árboles con mis compañeros dormidos en ellos. Dos mundos que me miran y a los que no sé si quiero devolver la mirada. En primer plano tengo a quién fui, un hombre solitario sin ningún sueño que alcanzar, un hombre que murió por tratar de hacer lo que nadie más iba a hacer. Atrás tengo quién soy ahora, un punto más en una nube de puntos, un estornino en una bandada de millones sin nada que lo diferencie. Ya no soy quien fui. Ya no quiero esa vida solitaria. Tampoco quiero seguir siendo quien soy. Ya no quiero ser uno más siguiendo a otros sin sentido, no pudiendo elegir.

Ya no soy nadie, o quizá soy cualquiera, quizá soy quien quiera ser. Dejo caer la pluma y vuelo solo, hacia la luna, hacia el destino que yo elija.